

agua minúscula junto a la oblación del vino de Cristo, ofrecido con toda su grandeza celeste, con su fuerza, con su gozo, con su belleza bermeja, con su substancia divina, con su juventud perenne, que salta hasta la vida eterna.

Por eso este recuerdo de nuestra humildad es también el testimonio de nuestra grandeza, es la expresión externa del privilegio soberano de nuestra unión íntima y necesaria al vino poderoso, que es amor, y esperanza, y medicina, y consuelo y gloria inmarcesible. Los Santos Padres han insistido sobre este significado sublime. Basta citar estas frases que escribía San Cipriano en la primera mitad del siglo III: «Porque Cristo nos llevaba a todos en Sí, llevaba incluso nuestros pecados, vemos significados en el agua a todos los pueblos, y en el vino la Sangre de Cristo; cuando el agua se mezcla con el vino en el cáliz, el pueblo es asociado a Cristo. Esta mezcla del agua y del vino es tan íntima, su unión en el cáliz del Señor tan estrecha, que ya no pueden separarse una de otro... Nada podrá separar a la Iglesia de Cristo, ni impedir que permanezca unida a El por siempre con un amor indisoluble».

No puedo dejar de reproducir aquí las bellas y explícitas palabras de un Concilio español del siglo VII, el tercero de Braga, que protestando contra una costumbre introducida por ciertos ascetas puritanos, que consideraban nefando el uso del vino, se expresaba de esta manera: «Respecto a los que comulgan con uvas sin exprimir, hay gran confusión, puesto que el cáliz del Señor, según lo que un Doctor dice, debe ofrecerse mezclado con agua y vino; pues sabemos que por el agua se da a entender al pueblo, y que por el vino se manifiesta la Sangre de Cristo. Luego cuando en el cáliz se mezcla el agua con el vino el pueblo se reúne con Cristo, y la plebe de los creyentes se asocia y junta con Aquel en quien cree; y esa unión del agua y el vino es tal que ya no es posible separarlos. Así, pues, si uno ofrece sólo el vino, la Sangre de Cristo empieza a estar sin nosotros, y si sólo

ofrece el agua, entonces el pueblo empieza a estar sin Cristo. Luego cuando se ofrecen uvas solamente, se desprecia el sacramento de nuestra salvación, representado por el agua, y así el cáliz del Señor no puede ser vino solo ni agua sola, sino ambas cosas mezcladas.»

Con un matiz distinto nos revela esa misma doctrina la oración que dice el sacerdote en el momento de realizar esa mezcla misteriosa: «Oh Dios, que admirablemente creaste la dignidad de la naturaleza humana y más admirablemente la restauraste: concédenos, por el misterio de esta agua y este vino, que seamos participantes de la dignidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humanidad».

Los dos líquidos se juntan en el cáliz como la divinidad y la humanidad en la persona de Cristo; distintos, pero en unidad inseparable. Y la unión hipostática es la raíz de nuestra unión. En virtud de ella, nos unimos a Cristo de tal manera, que nos hacemos miembros suyos con una unión vital, que El mismo expresó en la imagen de la vid y los sarmientos. Jesucristo se ofrece bajo las especies de pan y vino, y su sola ofrenda es el don total de la humanidad entera para la eternidad. Eso basta, pero por un privilegio inefable, consecuencia de la unión de los miembros con la Cabeza, nos es dado a nosotros seguir ofreciendo y expiando y uniendo nuestros pobres merecimientos a los méritos infinitos de Cristo y entregándonos juntamente con El. Algo de esto quería expresar Pascal en aquellas hermosas palabras: «Jesús, mientras sus discípulos dormían, obró nuestra salud. La realizó para cada uno de los justos, mientras ellos dormían y en la nada, antes de su nacimiento, y en los pecados, después de su nacimiento. Yo pensaba en ti en mi agonía, yo derramé tales gotas de sangre por ti... Si conocieses tú tus pecados, desmayaría tu corazón. Desmayaría, sí, Señor; pues reconozco su malicia en virtud de lo que me aseguras». Mas Tú me puedes curar. Puedes y quieres.